

Carta de Londres

Sobre la mirada del uno y del otro

Luis Pulido Ritter

Uno no se baña dos veces en el mismo río, dijo un griego en una ocasión. Efectivamente, cada vez que uno visita una ciudad no es la misma. Ésta cambia su rostro, a pesar que uno cree que es la misma. Muchas cosas, por supuesto, son reconocibles, pero las vemos con ojos diferentes. Estar nuevamente en Londres despertó en mí la curiosidad de lo que había cambiado, o, mejor dicho, Londres se convirtió en el espejo donde podía ver mis propios cambios. Ya no veía la ciudad, como las dos primeras veces, con los ojos risueños del joven aventurero. Ya traía conmigo la experiencia de ser padre de familia con lo cual la vida, necesariamente, cambia de perspectiva. Ahora me llamaba la atención lo peligroso de cruzar las calles en Londres si sólo me fijaba en el cambio de luces de los semáforos. La primera vez que estuve en la ciudad me fijé en el aviso escrito sobre los cruces de las calles *look left / look right*, pero lo asumí como un detalle casi folclórico, exótico, de una ciudad que se caracteriza por muchas particularidades que no había visto en Berlín, París o Madrid. Claro, todas las ciudades tienen sus singularidades; sin embargo, en Londres me sorprendió que los autobuses muchas veces no llegaban a la hora indicada en los tableros de las paradas y me preguntaba, entonces, por el sentido de poner horarios para el transporte público. Si hubiese llegado directamente de América Latina a Londres, no me habría llamado la atención este desfase entre el horario anunciado y la realidad del arribo de los autobuses. Posiblemente hubiera constatado, como un detalle curioso y sorprendente que la impuntualidad no es sólo una enfermedad crónica de la mal llamada cultura latina. Pero como ya tenía algunos años de estar viviendo en Alemania, desde 1988 en Berlín, me había acostumbrado a la puntualidad del transporte público, a la eficiencia y, sobre todo, al hecho de que uno podía confiar en el sistema público, ya fuera del transporte, de los teléfonos o de los hospitales. Llegué por primera vez a Londres pasando por el filtro alemán y, como necesariamente uno está acostumbrado a comparar, vi enormes diferencias. El sistema público alemán funcionaba. El inglés, a medias, por no decir que estaba en bancarrota. Antes de que cayera el muro de Berlín, la vida en Alemania era un oa-

sis, un paraíso garantizado por la fortaleza de la economía social de mercado, donde todavía la llamada tercera globalización no pateaba la puerta de la comodidad alemana, amenazando romper con violencia el pestillo que mantenía guardado este sistema que, en aquellos años, se presentaba como un modelo social y económico para todo el mundo. Todavía no sabíamos, aunque lo sospechábamos, que el imperio soviético iba a derrumbarse tan espectacularmente; tampoco sabíamos que se estaba gestando *the new economy* y menos sabíamos que la euforia de los años noventa, es decir una economía de mercado basada en las nuevas tecnologías y en la «apertura» de las fronteras proteccionistas, entraría en una crisis durante la cual se perderían fortunas en la Bolsa, quebrarían múltiples empresas y países enteros y las guerras, justificadas o no, serían realizadas para la protección de la democracia y de los derechos humanos. En tan sólo un poco más de una década ha corrido mucha agua bajo el puente, tanto en Alemania como en el resto del mundo. Quizás me pueda servir como ejemplo de los cambios ocurridos en Alemania lo siguiente: un día, en el camino hacia el jardín de infantes para dejar a mi hija, mi mujer, mientras esperábamos el cambio de luz del semáforo, afirmó que le enseñaría a nuestra niña, a diferencia de lo que hicieron sus padres con ella, que no solamente mirara el cambio de luz, sino que sobre todo mirara a la izquierda y a la derecha para cerciorarse de que ningún auto la pudiera atropellar. «¡Ya no es como antes!», dijo ella al cruzar la calle. Estas palabras cayeron en mis oídos de una manera inocente pero yo también, a pesar de haber alcanzado a Alemania en el último tramo de su sociedad de bienestar para todos que, en cierta manera, era justificable y subsidiada por la existencia de la Guerra Fría, me he dado cuenta de que el país ya no es el mismo: la moral de pago, que es muy mala en los últimos años, no sólo ha infectado a la empresa privada sino también a las instituciones públicas. Mucha gente, especialmente los *freelance* como yo, no podemos estar muy seguros de que nos paguen. Hasta en una universidad, para la cual he dado horas de español y cultura latinoamericana, he tenido que ser testigo personal de que el departamento esperaba que trabajara gratis.

La tercera vez que visité Londres ya tenía detrás de mí todas estas experiencias en Alemania. Dejé Berlín en una de estas aerolíneas recientes donde un pasaje cuesta no más de 120 euros, pero donde un café puede costar hasta tres euros. No había terminado de tomar mi valioso café, cuando la azafata ya anunciaba el arribo del avión a Londres – Gatwick. Subí al tren, que me llevaría al centro de la ciudad, y me

sentí de nuevo en el universo, donde todas las culturas están presentes, y me acordé de la fuerza que tuvo en mí esta policromía cultural en la primera estadía y que todavía la seguía ejerciendo. A diferencia de Berlín, que todavía lucha por convertirse en una ciudad cosmopolita, Londres lo es sin darse cuenta. Escucho a mi alrededor idiomas diferentes y el inglés, que es la lengua universal, tanto para conseguir trabajo, como para estar actualizado en las revoluciones informáticas, es una más en esta ciudad que ha aceptado inmigrantes de todos los rincones del planeta, gente del antiguo imperio, que impregna y cambia no sólo la fachada de la ciudad. Justo antes de salir de Berlín la opinión pública discutía sobre la presencia de la comunidad turca en Alemania. Es una presencia humana y cultural que, según muchos comentaristas, políticos, académicos y periodistas, no ha terminado realmente de integrarse en la sociedad. Los hijos de los turcos que nacen en Alemania obtienen malos resultados escolares, no hablan bien el alemán y, por el fundamentalismo religioso de los últimos años, se han replegado más dentro de su comunidad. Ciertas o no estas afirmaciones, que no pasan de ser muchas veces posiciones bastante simplistas y no describen la inmigración en su complejidad, hay un punto que siempre se olvida en Alemania y es el hecho de que la inmigración turca es un factor económico de mucha importancia, es una comunidad que genera empleo y negocios, y, como toda comunidad, busca posesionarse en las estructuras de distribución de poder de la sociedad. En este sentido, los ingleses ya han descubierto mucho tiempo atrás, como lo han hecho los norteamericanos, que los inmigrantes no sólo están para el servicio doméstico (oficio que no denigra a quien lo ejerce), sino que también están para crear negocios, pequeños o medianos, y precisamente han sido los conservadores quienes en su mayor parte han descubierto este potencial económico y político. Se ha demostrado, por ejemplo, que el voto de la inmigración hispana en los Estados Unidos, más que un voto de fidelidad hacia partidos, es un voto pragmático, orientado hacia la negociación de nuevas posiciones y conquistas. Y no deja de serlo también en Inglaterra. Cuando Margaret Thatcher impulsó su llamada «revolución conservadora» encontró mucha resonancia en las comunidades hindú y china, porque coincidía justamente con la mentalidad del inmigrante empresario de abrirse camino de manera independiente, mentalidad que muchas veces no comprenden aquellos que ven sobre todo en el inmigrante un ser que debe ser ayudado por la caridad del Estado benefactor.

Estar nuevamente en Londres significó no solamente salir de la provincialidad alemana con respecto al tema de la inmigración, sino que

implicó cerciorarme de que efectivamente las ciudades posmodernas, cosmopolitas y globalizadas, corresponden cada día menos al ideal moderno del Estado-Nación, que la homogeneidad de la nación (lenguaje, tradiciones, mitos) ya no es correspondiente al concepto estatal de nación. Las ciudades posmodernas, y sus ciudadanos, son cada día más heterogéneos. En ellas se cruzan múltiples discursos y lenguajes, y esto es enteramente normal en una ciudad que hace negocios con el mundo entero. Claro que el inglés es la lengua predominante, pero eso no quita que otros hablen en otras lenguas para realizar sus negocios. Mejor dicho: la ciudad posmoderna es el lugar donde los ciudadanos saltan de una lengua a otra, de un discurso a otro, porque son seres que traducen los signos de la cotidianidad en las actividades que les corresponden o realizan. Es muy difícil hacer comprender en Alemania que un turco pueda realizar sus negocios sin problemas si no habla perfectamente el alemán o no como un alemán. A causa de esta incompreensión algunos alemanes hablan ya de ausencia de integración.